COMENTARIO DE LA LECCIÓN

III Trimestre de 2009
"Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan"

Lección 4
(18 al 25 de Julio de 2009)

Andar en la luz: Guardar sus mandamientos

Dr. José Carlos Ramos

Nuevamente, el título de la lección es doble, y apunta a una única experiencia. Andar en la luz coincide con la obediencia a los mandamientos de Dios. Esto es, quien anda en la luz guarda los mandamientos divinos. No obstante, en este caso no podemos decir, tal como lo hicimos el comentario pasado, "viceversa". Andar en la luz y guardar los mandamientos de Dios son equivalentes. No es posible una cosa sin la otra. Pero guardar los mandamientos no siempre equivale a andar en la luz cuando, por ejemplo, alguien los guarda por una razón incorrecta. Antes de convertirse, Pablo era irreprensible "en cuanto a la justicia que es en la ley" (Filipenses 3:6), pero estaba en las tinieblas. De hecho, el legalismo no reconoce el plan salvífico de Dios, pues el legalista establece su propio plan (ver Romanos 10:3).

Debemos ser obedientes no *para* andar en la luz (lo que huele a legalismo), sino *porque* andamos en la luz. La obediencia no es la *causa*, sino el *efecto*. Andar en la luz de Dios significa conocerlo, y conocer a Dios es amarlo; y amar a Dios implica guardar sus mandamientos (Juan 14:15, 21; 15:10; 1 Juan 5:2; 2 Juan 6).

Además del legalismo, hay todavía otra manera de guardar los mandamientos inútilmente: es cuando lo hacemos no por amor sino como una mera obligación. Al respecto, Elena G. de White nos dice: "El hombre que trata de guardar los mandamientos de Dios solamente por un sentido de obligación –porque se le exige que lo haga– nunca entrará en el gozo de la obediencia. *El no obedece*. Cuando los requerimientos de Dios son considerados como una carga porque se oponen a la inclinación humana, podemos saber que la vida no es una vida cristiana. La verdadera obediencia es el resultado de la obra efectuada por un principio implantado dentro. Nace del amor a la justicia, el amor a la ley de Dios" [*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 70, énfasis añadido].

De este modo, la observancia de los mandamientos de Dios es la evidencia de que alguien anda en su luz, que lo conoce y lo ama, pues eso es lo que esta triple experiencia genera en la vida del creyente. Es verdad que no todos los que guardan los mandamientos andan en la luz, pero así también es verdad que todos los que andan en la luz guardan los mandamientos. No importa cuán elevada sea la profesión de fe, si no fuera consolidada por la obediencia, no será más que una piedad inocua e inconsecuente, lo que significa desconocimiento de Dios; tinieblas y no luz.

Qué sabemos (1 Juan 2:3-5)

Esta es una cuestión crucial porque, dependiendo de lo que conocemos, de la manera en como lo conocemos y cómo respondemos a lo que conocemos, podremos salvarnos o perdernos. El gran equívoco de los disidentes era la creencia de que el conocimiento (*gnòsis*), salvaba, esto es, el mero conocimiento especulativo de Dios, el conocimiento al modo de ellos. Tal como lo expresa la Lección, "el énfasis estaba puesto en la experiencia mística y mitos fantásticos acerca de Dios y de la naturaleza de la humanidad. La salvación se ganaba por medio de este conocimiento secreto más bien que por medio de una relación de fe con el Señor" [Ekkerhardt Mueller; *Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan* (Guía de estudio de la Biblia), p. 44]. En cuanto a esto, remitimos al lector al comentario de la semana pasada para un esclarecimiento adicional.

No es el conocimiento lo que salva, pues él puede limitarse a lo teórico y, eventualmente, no pasar de la mera "letra muerta". Ya lo dijo George Herbert: "El conocimiento no pasa de ser una tontería si no es guiado por la gracia".

No obstante, la falta de conocimiento es, admitámoslo, un factor de destrucción (ver Oseas 4:6). El conocimiento de la verdad es luz, y quien lo rechaza andará en tinieblas, ¡por que lo que se perderá! Considerando que la verdad es, antes que nada, una identificación de Dios (ver Juan 14:6; 1 Juan 5:6), y que la vida eterna reside en conocerlo (Juan 17:3), me parece bastante adecuado que el conocimiento que resulta en la salvación es aquél que la Biblia normaliza como conocimiento empírico, práctico; no meramente conceptual o teórico.

Puedo llegar a afirmar que, exceptuando al que se secundado por el temor de Dios y el amor a Él, aún el conocimiento teológico está lejos de ser el conocimiento del cual Juan está hablando aquí. No es por casualidad que muchos teólogos (no adventistas, por cierto), están más en las tinieblas que en la luz. De hecho, el mero conocimiento de la Biblia será de poco valor. Los judíos contemporáneos de Jesús nos legaron una trágica evidencia de este hecho. En su época eran el "pueblo de la Biblia", alegaban hacer de ella el centro de su atención, y terminaron crucificando a Aquél a quien señalaban las Escrituras. Esto constituye una severa advertencia para nosotros. La Biblia nos será de genuino provecho en la medida en que, al estudiarla, intensifiquemos nuestra relación con Jesús.

Así, descubrimos que el conocimiento que salva es aquél que conduce a su poseedor a una verdadera relación con Dios; sentir su amor y responderle también con amor. Significa dejarse cautivar por su amor y rendirle la vida en un vehemente anhelo de que El obre en ella. Es tener el ansia de ser transformado en una nueva criatura, engendrada por el Espíritu Santo a una nueva vida de justicia y santidad, en la que se desarrolla una profunda comunión con Dios. Al ser miembro del cuerpo de Cristo, que es la iglesia, disfrutará de un saludable compañerismo con sus "hermanos" (1 Juan 2:10), lo que no sucedía con los disidentes gnósticos (versículos 9, 11), con toda la pretensión de conocimiento que tenían.

Con un nuevo sentido de valor y misión, se convierte en una bendición para la familia, los vecinos, su comunidad, la iglesia y el propio mundo; la vida del reino divino se convierte en su vida; su estilo de vida se subordina a la soberanía del amor. En otras palabras, su amor a Dios lo lleva a expandir ese amor en dirección a sus semejantes. ¡Qué experiencia!

A través de ella, el pecador ha mudado sus predilecciones, sus gustos, sus prioridades, sus deseos, su centro de atención, el propio centro motor de la existencia. Tal como afirma Champlin, “los creyentes deben apropiarse de la posición que poseen en Cristo, a través de actos espirituales correctos que se reflejen en la conducta diaria” [R. N. Champlin, O Novo Testamento Interpretado Versículo por Versículo, tomo 3, p. 672]. Los proyectos y metas de la nueva vida estarán volcados a los intereses divinos, y aplicará todo su esfuerzo en amoldarse cada vez a los principios de la justicia, determinado a avanzar en esa dirección, siempre dispuesto a someterse a la voluntad de Dios. Todo esto es el fruto del verdadero conocimiento.

Guardar los mandamientos (1 Juan 2:3-5)

Mientras 1 Juan 2:3 reafirma que la observancia de los mandamientos de Dios es una inequívoca evidencia de que la persona lo conoce, tenemos en el versículo 4 una de las más duras denuncias de la Palabra de Dios: quien dice que conoce a Dios “y no guarda sus Mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él”.

Profesar conocer a Dios y, al mismo tiempo, no observar su Ley no pasa de ser una concreta hipocresía, contra la cual Jesús fue enérgico en su condena. Profirió varios ayes contra los hipócritas (ver Mateo 23). Lo más impresionante es que Él no dijo “¡Ay de los homicidas!” o “¡Ay de las prostitutas y los homosexuales!”, sino dijo, y en más de una oportunidad, “¡Ay de los hipócritas!”. No es que Él estuviera a favor del asesinato, etc., ¡por el contrario! Pero, sin duda alguna, consideraba como el mayor insulto a Dios a la piedad sólo como fachada. “Una franca apostasía no ofenderá más a Dios que la hipocresía y un culto de mero formalismo” [Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 561, 562]. En realidad, el hipócrita es el pecador para el que menos esperanza existe: “Hay más esperanza para un pecador declarado, que para los profesos justos que son impuros, corruptos y sin santidad” [Elena G. de White; *Recibiréis poder*, p. 53].

“Cuando conozcamos a Dios, como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia” [El Deseado de todas las gentes, p. 621]. Y eso porque el verdadero conocimiento de Dios es aquél, según la Lección, “que forma la base de una relación de amor”, un amor recíproco. Conocer a Dios es reconocer su amor, cuánto nos ama demostrado por cuanto ha hecho por nosotros, y ante esto no hay otra respuesta posible que dedicándole a El nuestro amor que, a semejanza del suyo, se evidencia con actos. Por eso decimos que quien conoce a Dios, lo ama, y que quien lo ama, guarda sus mandamientos. Juan toca este punto al decir: “Pero el amor de Dios se perfecciona en verdad en el que guarda su Palabra. Por esto sabemos que estamos en Él” (1 Juan 2:5).

¿Qué haría Jesús? (1 Juan 2:6-8)

Aunque la Lección involucre los versículos 6 al 8 de 1 Juan 2, en esta sección se restringe únicamente al versículo 6, dejando los que le siguen para más adelante. La pregunta que sirve como título implica el hecho de que Jesús es nuestro Modelo y todos los aspectos y quehaceres de la vida. No se conoce a Dios sino conociendo a Cristo, y no se conoce a Jesús sino conociendo cómo Él vivió y actuó, y así entonces viviendo y actuando como Él lo hizo.

El autor de la Lección acaba de destacar la necesidad de guardar los mandamientos de Dios (1 Juan 2:3-5). En el versículo 6, presente la norma de obediencia. No se obedece a los mandamientos de Dios meramente cumpliendo la letra de la Ley. Se espera algo más de aquél que conoce a Dios. Cumplirá la Ley como Jesús la cumplió: “El que dice que está en Él, debe andar como Él anduvo”.

Por ejemplo, teniendo en cuanta cómo obedeció el cuarto mandamiento, yo me pregunto, ¿cómo guardó Jesús el sábado? Congregándose en ese día, diríamos al recordar Lucas 4:16. Pero, ¿no cuentan acaso sus actos de bondad y benevolencia en sábado, especialmente para aliviar el dolor y el sufrimiento humanos? ¿No estaría alertándonos, por los milagros obrados en ese día, que nuestra simpatía por los seres humanos en sus necesidades es una parte preponderante de la santificación sabática? ¿No estaría siendo Él, en este aspecto, también un Modelo para nosotros?

“El que dice que está en Él, debe andar como Él anduvo”. Andar como Él anduvo alcanza su punto culminante en amar como Él amó. Esa es la esencia del “nuevo mandamiento” del que comentaremos más adelante. Nos hace recordar las palabras de Pablo en Romanos 13:8: “Porque el que ama al prójimo, cumple la Ley”. Pero para eso tenemos que amar como Jesús amó.

El mandamiento nuevo (1 Juan 2:7, 8)

Aquí, Juan hace referencia al nuevo mandamiento de Jesús, mencionado en Juan 13:34: “Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros. Que os améis así como yo os he amado”. ¿En qué sentido este mandamiento es nuevo?

Pues bien, recordemos que hay dos expresiones griegas traducidas como “nuevo” en nuestras Biblias: *néos* y *kainós*. Estas expresiones se distinguen una de la otra en su acepción principal. La primera, significando nuevo con respecto al tiempo, esto es, algo reciente, que no existía antes, o nuevo en contraste con lo antiguo que lo nuevo sustituyó; la segunda hace referencia más a la calidad, manera o sentido de aquello que se dice nuevo. En otras palabras, algo que es *kainós* no significa absolutamente que no existía antes, sino que ahora se proyecta en una nueva dimensión.

En Juan 13:34 se utiliza el vocablo *kainós*, pues el imperativo del amor antecede a lo que Jesús dijo; viene de las páginas del Antiguo Testamento (ver Levítico 19:18). Pero el mandamiento es nuevo en el sentido de tomar la manera de amar de Jesús como patrón del amor a ser cultivado entre sus discípulos. Jesús le confiere un nuevo significado a un mandamiento ya existente que tiene como base el ejemplo supremo del amor visto en Él mismo. En efecto, Él es la más evidente y altisonante demostración de amor dada al universo.

Ahora, Él establece esta forma de amor; mejor aún, esa *manera de amar*, que debía continuarse entre sus seguidores, no porque Él no amara más de aquella manera, sino porque su amor, o su manera de amar, debía manifestarse entre sus seguidores, para que el mundo la conociera. Es por eso que, después de expresar el “nuevo mandamiento”, Jesús dijo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros” (Juan 13:35). Esta es la característica número uno de la iglesia verdadera.

Ciertamente, el contenido del cuarto Evangelio (incluyendo, por supuesto, las palabras de 13:34) les era familiar a los destinatarios de las epístolas juaninas. Así, el escritor les recuerda la necesidad de amarse los unos a los otros, y les dice que eso era, al mismo tiempo, un mandamiento antiguo (esto es, que no les era desconocido) y “nuevo (kainós)” (esto es, para ser entendido como la extensión del amor de Cristo). El estaba avivando la memoria y la conciencia al hecho de que Jesús, decenas de años antes, ya había expresado ese mandamiento, de manera que amarse los unos a los otros era un deber, y más que eso, un privilegio. Ahora ya no se debían dejar llevar por las falsas ideas que estaban siendo esparcidas, las cuales, una vez aceptadas, los apartarían de esta comunión en amor.

Juan les dice que este mandamiento no les era nuevo precisamente porque lo habían recibido desde el principio. La expresión tiene dos sentidos posibles; a qué hace referencia al momento en el que Jesús se había manifestado al mundo, o al momento en el que los destinatarios escucharon y aceptaron el Evangelio. Tal vez la segunda hipótesis sea la más probable, teniendo en cuenta lo que el escritor afirma al final del versículo 7: “El Mandamiento antiguo es la Palabra que habéis oído desde el principio”. Si así es, podemos estar seguros de que la predicación apostólica de Juan, especialmente en sus últimos años, fue hecha con un énfasis en el amor de Jesús. Se dice que cuando el apóstol estaba llegando al final de sus días le preguntaron si tenía un último mensaje para dar. “Amaos los unos a los otros”, dijo, y expiró.

Amar a otros (1 Juan 2:9-11)

Esta sección aparentemente toca el tema del amor del cristiano a todas las personas. Al final de cuentas, Cristo murió por “todo el mundo” (1 Juan 2:2) y es nuestro deber amar a todos. No obstante, Juan continúa, en los versículos 9 al 11, exhortando a sus lectores con respecto al amor fraterna, el amor mutuo a ser ejercitado entre los propios creyentes. Tal como lo afirma la Lección, “En su carta, Juan está interesado principalmente en la comunidad cristiana. Esto no significa que niega el hecho de que los cristianos son llamados a amar a sus prójimos y aún a sus enemigos, pero esta no es una preocupación aquí. El tiene otro problema en manos”. [Mueller, p. 48].

Seguramente, estos problemas tenían que ver con los conflictos entre los miembros de iglesia, a los que se unían los elementos disidentes anteriormente citados. Juan expone de manera severa su reprobación a este estado de cosas, siendo bastante incisivo en sus declaraciones, nuevamente empleando el dualismo luz *versus* tinieblas, del cual se valió al inicio de la epístola.

Por ejemplo, en 1 Juan 1:6 el declaró que la reivindicación de estar con Dios de parte de aquél que anda en tinieblas era falsa. Luego afirmó que aquél que no ama a su hermano continúa en las tinieblas, aún profesando estar en la luz. Aquí se nota una estrecha relación entre estar en comunión con Dios y amar al compañero en la fe.

Otro ejemplo: El nos dice que “si andamos en la luz”, mantenemos “comunión unos con otros” (1 Juan 1:7); luego prácticamente repita esta aseveración en 2:10: “El que ama a su hermano está en la luz…” Combinando los dos pasajes se ve que “andar en la luz” corresponde a “permanecer en la luz” y “tener comunión unos con otros”, a “amar a su hermano”. No hay dudas de que el amor fraternal involucra, como ingrediente básico, la comunión de unos con otros en la iglesia.

Lo que Juan realmente está diciendo es "Aquél que odia a su hermano" en lugar de "Aquél que no ama a su hermano". Mi intento no es el de alterar lo que está en la Biblia (¡Dios me libre de tal sacrilegio!), al sustituir "odiar" por "no amar". Sólo quiero resaltar el hecho de que, según el Evangelio, no amar equivale a odiar. Normalmente nosotros no pensamos así, pues si A no ama a B, no significa necesariamente que A odie a B; puede ser sencillamente que le guste, que no simpatice con él, etc. Hay algunos que incluso llegan a afirmar que lo contrario de amar no es odiar, sino ser indiferente.

Esto no es así para Juan en sus postulados. Para él, la falta de amor significa presencia de odio y viceversa. Para que alguien odie, no es necesario que se manifiesten los sentimientos propios del odio (rencor, aversión, aborrecimiento, etc.); alcanza con no amar. Juan continúa en el contexto del "nuevo mandamiento" aquí y, en una comunidad en la que el mandato a amarse "los unos a los otros" es soberano, no habrá indiferencia en relación a quien sea, ni aquello de "no me llevo bien con Fulano", o cosa parecida. Hasta cierto punto, es natural que existan personas que gocen de nuestras preferencias, aquellos a los que nos acercamos más, que se convierten en nuestros amigos íntimos. Eso es propio del proceso de la amistad, pues hasta Jesús tuvo discípulos más allegados a Él.

Pero eso, no obstante, jamás puede hacerse en detrimento de alguien. Según la Lección, el odio, en la Biblia, se aplica también a "la preferencia de una persona sobre otra, o descuidar a alguien" [Mueller, p. 48]. En esta convivencia, jamás se debe llegar al favoritismo indebido o de la segregación degradante. Cuando es recibido plenamente en el corazón, el amor de Jesús derriba las barreras sociales de cualquier naturaleza, de manera que ya no hay límites o fronteras para el amor fraternal. Se extiende incondicionalmente en todas direcciones, pues Aquél que promulgó el "nuevo mandamiento" también ordenó que amáramos hasta nuestros enemigos (Mateo 5:44).

Entonces, si alguien no actúa de esa manera, es porque no ha permitido aún que el amor de Cristo se apodere totalmente de él. Y si eso no sucede, él todavía está en tinieblas, con dos inevitables consecuencias: estará sujeto a tropiezos, sin saber a dónde ir, y todo eso debido a su ceguera espiritual. En otras palabras, estará perdido sin tener conciencia de este terrible hecho.

Dr. José Carlos Ramos
Profesor de Teología
Universidad Adventista de San Pablo (UNASP)
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA